

FERNÁN SILVA VALDÉS



CRA
UB61
Si



Caricatures of the
6-14

Ronda Catonga

OMAR A. BERHOU
T. NARVAJA 100



ES PROPIEDAD

Reservados todos los derechos de reproducción
y adaptación

WUJIA

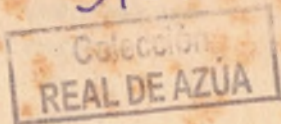
FERNÁN SILVA VALDÉS

CRA
V861
S1

Ronda Catonga

Ilustraciones de Guma Zorrilla de San Martín

5156



IMPRESORES: A. MONTEVERDE Y CÍA.

Treinta y Tres 1475

1940

MONTEVIDEO

A mi hijo Jaime



Ronda Catonga del Chacarero

A la ronda catonga
del chacarero,
si siembra trigo en mayo:
oro en enero.

A la ronda catonga
buey sin descanso;
el arado lo sigue
cual perro manso.

No derroches cosechas
del año bueno,
puesto que nada sabes
del venidero.

A la ronda catonga
pan y cebolla;
si los bueyes son flacos,
flaca la olla.

A la ronda catonga
del alfalfar
que se corta, se corta,
y vuelve a dar.

El maizal me parece,
florido y alto,
un batallón de guardias
con sus penachos.

A la ronda catonga
del cardo seco;
al arbolito joven
lo dobla el viento.

A la ronda catonga
de los rastros;
quien no cuida su campo
recoge abrojos.

Los caminos del campo
son como arterias
por donde va su sangre
que es la cosecha.

A la ronda catonga
barril del agua;
los pajaritos saben
hacer su casa.

A la ronda catonga
grano de trigo;
¡a qué escuela habrán ido
los pajaritos!

¡Qué tristeza da el rancho
solo, en la loma,
y más si no hay un árbol
para dar sombra.

A la ronda catonga
del noble árbol,
que nos da sombra y frutas
en el verano.

A la ronda catonga
de nuestros campos;
harán grande a la Patria
libros y arados.



Ronda Catonga de las Estrellas

Estrellitas arriba,
niños abajo;
pues allá las estrellas
son los muchachos.

Chiquilinas del cielo,
las estrellitas;
y estrellas de la tierra
todas las niñas.

Una escuela es el cielo,
pizarra el patio,
con sus niñas y niños
todos de blanco.

A la rueda rueda,
patio del cielo;
si ellas son estrellas,
ellos, luceros.

Estrellitas del cielo,
encantadoras,
donde las "tres marías"
son monitoras.

A la rueda de niñas
y de varones;
jugando van formando
constelaciones.

Estrellitas arriba,
niños abajo;
pues allá las estrellas
son los muchachos.



Nueva Historia de Caperucita



Eres Caperucita
con la cara tiznada,
el humo de las fábricas
te ha manchado tal vez;
eres Caperucita
un poco menos niña
y un poquito más triste
que la del cuento aquel.

Y andas por el bosque
como antes. El era:
troncos, ramas, y arriba
lagos de cielo azul;
hoy andas por un bosque
de andamios y de ruedas;
él también ha cambiado
como has cambiado tú.

Y corres más peligros
que antes, porque ahora
no le temes al lobo
de los cuentos de ayer;
el lobo de hoy respira
humo de chimeneas,
y ruge en las pitadas
de fábrica y taller.

Es bueno que te cuides,
linda Caperucita;
que ya el lobo te abre
su boca de carbón.

Pasó un día, otro día,
hasta un año pasó;
Y por llevar sustento
a su pobre abuelita,
el lobo de los dientes
de acero la tragó.

La Rayuela

A la rayuela yuela
levanto el tejo,
pues quiero en cuatro saltos
llegar al "Cielo".

Salto sin pisar raya
los tres primeros,
y en la D del "Descanso"
me quedo quieto.

A la patita coja
parezco un rengo,
saltito que te salta
llevando el tejo.

El 1, el 2, el 3,
¡qué lindo juego!
en la D del "Descanso"
piso y me quedo.

Un momento de alivio
y siga el tejo,
si sale por la esquina
todo lo pierdo.

El 1, el 2, el 3,
"Descanso" hecho;
cuando llegue al "Infierno"
me lo salteo.

Cerraditos los ojos
no quiero verlo;
aunque sé que es jugando,
le tengo miedo!

Ahora a las "Campanas"
arrojo el tejo,
siempre encuentra campanas
el que va al "Cielo".

A la patita coja
parezco un rengó,
saltito que te salta
llevando el tejo.

1, 2, 3 y 4,
descanso abierto;
media vuelta en el aire
y abierto quedo.

No he perdido ni una,
me voy derecho;
ahora sí —muchachos—
gano y no pierdo.

A la rayuela yuela
levanto el tejo,
pues quiero en cuatro saltos
llegar al “Cielo”.





El Casamiento

Los chiquilines del barrio
son unos pibes tremendos.
Hace cuatro o cinco días
adivinen lo que hicieron.
Yo se los voy a contar:
hicieron un casamiento.

Yuyito, de siete años,
un botija que promete,
se casaba con Pelusa,
la chiquilina de enfrente.

Hubo muchos invitados
al casorio de juguete:
toda la chiquilinada
de la cuadra y sus parientes.

¡Había que ver la casa,
cómo estaba, cuánta gente;
sin contar la que había afuera
hasta la acera de enfrente!

Vistieron al novio de hombre,
de frac y galera alta,
y a ella toda de blanco,
de tul y de cola larga
que unas cuantas pebetitas
le llevaban levantada.

Y bueno, siguiendo el cuento,
los dos chicos se casaron,
los dos dijeron que "sí",
y en un gran libro firmaron.

El juez les echó un discurso
aprendido de memoria,
donde aconsejaba al novio
a tratar bien a la novia.

Después, llegaron los músicos
y bailaron las parejas,
luego de comer masitas
hasta limpiar las bandejas.

¡Estaba linda la novia
con su cola y con su velo...!
¡Estaba para comérsela
cual si fuera un caramelo!

Y el mozo vestido de hombre,
tan peinado y presumido,
dentro del frac parecía
todo un señor doctorcito.

Fueron padrinos de bodas,
De ella, el primo; y de él, la hermana;
que a novios de tal medida,
padrinos de tal alzada.

Y de juez de paz hacía,
muy echado para atrás,
el rusito de la esquina...
¿Se dan cuenta el juez de paz?

Los chiquilines reían
y hablaban que era un encanto.
Siempre he dicho que los niños
tienen garganta de pájaro,

porque ellos juegan y cantan
cual si fueran pajaritos;
tienen garganta de pájaro
y corazón de lo mismo.

Y en lo mejor del bailongo,
muchachos, se armó la gorda;
un remolino de gente,
un berrido de la novia,
y gritos de los padrinos
y qué sé yo cuánta historia.

Sucede que el juez de paz
algo le debía al novio:
le debía una bolita
que perdió jugando al hoyo,

y el novio se la cobró
en lo mejor del casorio;
y como el juez le negara
la deuda, encrespóse el mozo,
y en el medio de la fiesta
hubo un reparto de bollos.

¡Qué número, chiquilines!
Juez y novio se trenzaron;
juez de "ring" era el padrino,
y él, en lugar de apartarlos,
"no se hagan "foul", les decía;
a piñe seco, muchachos";
y cuando entraban en "clinch"
procedía a separarlos.
Todo un juez de "ring" amigos,
el padrino ha resultado.

Lo que mayor gracia hacía
era la novia gritando:
"¡Me divorcio, caballeros,
ay, qué esposo me ha tocado!

"¡A ver, traigan ese libro,
que quiero borrar mi firma;
a ver, traigan pronto el libro,
que para eso soy chica".

A los gritos acudieron
los papás de ambos novios,
repartiendo coscorriones
para concluir con los bollos,
y juez de paz, juez de "ring",
juntamente con el novio,
— patitas pa qué te quiero —
dispararon del casorio.

Cuando todo quedó en calma
hicieron volver los niños,
que entraron a los salones
como pollos con moquillo:
los tres mirando hacia el suelo,
contritos y arrepentidos.

"Bueno, tienen que abrazarse
y que pedirse perdones,
olvidando todo", dijo
un viejo a los peleadores.

Aplaudió la concurrencia,
y en medio de los aplausos,
a los tres en un abrazo
juntólos el buen anciano.

Entonces siguió la fiesta
aun por un rato largo,
bailando las parejitas
y los padres conversando,
y comiendo tantos dulces
que algunos se indigestaron.

Esta es, muchachos, la crónica,
que no salió en ningún diario,
del famoso casamiento
de pibes que hubo en mi barrio.





El Venado y la Víbora

Hay una hermosa leyenda
muy conocida en el campo,
la cual dice que a la víbora
sabe vencerla el venado;
y como creo que a ustedes
nadie se las ha contado,
yo se las voy a narrar
como a mí me la narraron.

Dicen los viejos (que siempre
resultan ser los más sabios)
que las víboras le temen
como al demonio al venado,

porque éste suele vencerlas
con muy poquito trabajo.

Cuando la víbora duerme
sobre el verde de los campos,
hecha un rollo, o mejor dicho,
arrollada como un lazo,
el venado, si la halla
de este modo descansando,
nunca pierde la ocasión
de darle a aquélla un mal rato.

A tal fin, suelta una baba
poco a poco, y va formando
con la baba un redondel
más o menos grande o amplio,
alrededor del mal bicho
que se ha dormido confiado.

Y como el reptil le huye
— ya dijimos — como al diablo,
y no por miedo sino
porque su olor le hace daño,
al despertar y encontrarse
completamente encerrado
igual que en un corralito
en la baba del venado,
se muere de hambre en el sitio
sin animarse a pasarlo.

Veán, pues, de qué manera
fácil vence el bueno al malo,
y todo por conocerle
al contrario el punto flaco.

La verdad que es bien curioso
y es interesante el caso,
de que el reptil no se anime
a dar un pequeño salto
para hallarse nuevamente
libre entre cielos y pastos.

¿Qué podrá hacerle la baba?
¿Será que le tiene asco
a la baba o al olor
particular del venado?

Por no olerlo unos segundos
se queda así condenado
a olerlo hasta que se muere;
¡vaya un negocio barato!

Yo conozco algunos hombres
que igual, por no dar el salto,
por no presentar batalla
a todos sus puntos flacos,
se pasan la vida entera
miserables e ignorados,
en la baba de los vicios
completamente encerrados.

Los Carozos

Los juegos de niños tienen
su época favorita:
la cometa en primavera,
en otoño, las bolitas,
los trompos en el invierno
y en los meses de verano
cuando se alargan los días,
con carozos de damasco
se juega a *la payanita*.

¡A la payanita juego
con carozos de damasco;
al aire libre y al sol
vamos a jugar, muchachos,
que tengo los dos bolsillos
llenos de ruido y verano!

Recojo cinco carozos,
luego los lanzo hacia arriba
y los recibo en el dorso
de mi mano morenita.

Barajé: uno, dos, tres,
los demás fueron al suelo;
uno a uno los recojo;
hay que tener vista y dedos.

Mientras uno lanzo arriba
tomo, rápido, el del suelo,
y con este ya en la mano
recibo el que va cayendo.

Ya están todos en mi mano;
ahora viene lo bueno:
con el índice y pulgar
hago un puente bien abierto.

Mientras echo uno al aire,
van pasando uno tras otro
por el puente de mi izquierda
todos, todos los carozos...
como 'botón de chaleco'
uno tras otro, tras otro.

Dicen que cada carozo
es un futuro arbolito,
y como ese dicho es cierto
yo les aseguro, amigos,
que llevo, del pantalón
un bosque en cada bolsillo.

Canción para una Abeja

Abeja trabajadora,
abeja color de miel,
en la esencia del trabajo
bien te supiste envolver;
quien se envuelve en sus virtudes
como tú, se viste bien...
abeja trabajadora,
abeja color de miel.

Muchos se visten de flores
como hace el picaflor;
otros se cubren de aurora
como el zorzal silbador;
otros de imágenes lindas,
—he nombrado al trovador —
otros de oro se visten
y otros, ¡ay!, de favor...

Tú te engalanas, abeja,
con galas de más valer:
tienen el color del oro
siendo más nobles que él...
¡Abeja que estás vestida
con la seda de tu miel!



Romance para un Árbol

Los hombres, que siempre han sido
previsores y ordenados,
han amojonado el tiempo
para mejor aplicarlo,
y os ha tocado así un día
en el singular reparto,
os ha tocado un gran día
llamado "día del árbol".

Viejo ombú, viejo espinillo,
viejo algarrobo, nombrado
en estas tierras del Plata
así solamente: "el árbol"...

¡Cómo habéis de ser felices
al ver que el hombre os ha dado
un día tan elegido
entre los días del año,

para que bien os rodeen
los niños, muy de la mano,
cual festejando al abuelo
en el día de su santo!

Llegó el día, llegó el día;
los niños fueron al campo
a festejar con canciones
el cumple años del árbol.

¡“Sólo un día para mí
cuando es mío todo el año”!
dijo un árbol, orgulloso,
cual devolviendo el regalo.

Los niños, haciendo ronda
en su derredor, cantando,
con estas bellas razones
le respondieron al árbol:
No te quejes porque sólo
tengas un día en el año;
esto es división del tiempo,
cosas del hombre ordenado.
Otros días, a más de éste,
nosotros te consagramos:
venimos en primavera
para ver cómo has brotado,

nos ponemos a tu sombra
cuando calienta el verano,
y recojemos tus frutos,
y oímos cantar tus pájaros.

Venimos en el otoño
por ver cómo vas cambiando
tus bellos colores verdes
en amarillo dorado.

Venimos en el invierno
para verte despojado
de la pompa y la riqueza
que el sol te había prestado,
y al ver cómo te conformas,
aprender a conformarnos.

El árbol quedó un momento
como pensando, pensando;
luego floreció de golpe,
Quedó como iluminado,
y los niños con su ronda
festejaron el milagro.

Y los niños dando vueltas
al tronco rugoso y pardo,

lo fueron como envolviendo,
lo fueron como adornando,
con los rulos de colores
de sus cantos...



Romance del niño Dios y los Bichitos de Luz

I

Andando paso tras paso
purificando las sendas,
puesta en su mano de madre
la dulce mano pequeña,
va la Virgen con el Niño
por un lugar de la tierra.

El Niño marcha jugando
con el yuyo, con la piedra;
a su paso cantan pájaros
y los insectos le vuelan;
el Dios Niño les sonríe
con sus dientitos de estrella.

De pronto, atento, detiene
su inquieto paso y observa
a dos insectos, trabados
al parecer en pelea.
El acude a separarlos
con sus manecitas tiernas;
ya no pueden ver sus ojos,
ni en los insectos, la guerra.



Una araña a otro bichito
no tan fuerte como ella,
para devorarlo presto
iba llevando a la tela;
y el Niño, con dulces dedos
quitó a la araña su presa,
quedando en luz encendido
lo que tocaron sus yemas.

Y así, sin dar valimiento
al hecho, ni darse cuenta
del suceso milagroso,
vuelve la mano pequeña
de la santa mano adulta
a ser libre prisionera.

Tal marchan Virgen y Niño
diáfanos ¡ay! por las sendas.

En tanto el bicho, volando
entre árboles y piedras,
punto rojo, punto negro,
chispita que nunca quema,
va jugando, jugandito
hasta llegar a la cueva.

¡Asombro de la familia
al ver la luz que no quema;
del milagro de su lumbre
ni él ni ellos se dan cuenta!
Sólo sabe que una araña
se lo llevaba a su tela,
cuando las manos de un niño
lo libraron de la fiera,
y cuyos dedos divinos
le dejaron luz por huellas.
Eso es todo lo que sabe
y eso es todo lo que cuenta.

II

El bichito se casó,
y por gracia milagrera,
todos sus hijos nacieron
con medio cuerpo de estrella.
Entonces el padre dijo:
“Hay que ver de qué manera,
al que tanto bien nos hizo
podemos pagar la deuda”.
Y salieron a buscar
por los campos y las selvas
al niño milagroso
que les hizo las linternas.

Así andan, así andan
entre árboles y piedras;
veces, por sendas trilladas;
veces, a campo traviesa;
iluminando el bañado,
los jardines o las sendas;
punto rojo o punto negro,
chispita jugando a estrella;
ya me apago, ya me enciendo,
farolito de la selva;
relámpago de juguete
para tormentas muñecas;
escudriñando en las flores,
escudriñando en las cuevas,
siempre buscando al Dios Niño
para pagarle la deuda.

❖

❖

❖

❖

Los dos Cazadores

Eran hermanos los dos muchachos campesinos de esta historia. Uno se llamaba Juan, y otro, Pedro.

No se parecían en nada — como suele suceder entre hermanos —, no se parecían ni por fuera ni por dentro. Los igualaba, eso sí, una cosa: el amor a los pájaros. Pero aun en este cariño, como veremos, eran diferentes.

Un día, Juan cazó la calandria que todas las mañanas y todas las tardes venía a cantar, posándose en una de las ramas del timbó, el hermoso árbol que daba sombra a la casa. La encerró en una jaula rústica, construída con palitos, y se dispuso a deleitarse con su canto. Pero pasaron las horas y pasaron los días, sin que el pájaro le hiciera oír su canto dulce y salvaje a la vez.

Por eso Juan estaba triste y de mal humor.

Le preguntó a su hermano Pedro:

—¿Por qué no cantará mi calandria?

—Porque está encerrada — contestó el hermano —; si estuviera suelta como antes, cantaría. Suéltala y verás.

—Sí, pero si la suelto no la tengo; si la suelto no es más mía — respondió Juan.

Pasaron varios días.

Pedro era feliz. Juan era desgraciado.

Pedro se iba al bosque cercano a oír cantar los pájaros. Juan se quedaba en la casa esperando oír cantar su calandria.

Interrogó otra vez a su hermano:

—¿Cuándo cantará?

—Ya te lo dije: cuando la sueltes.

—Pero yo también te dije, que si la suelto, no es más mía aunque cante.

—Pero ¿tú qué prefieres, el pájaro o el canto? — interrogó ahora Pedro.

Juan se quedó pensando. Al rato dijo:

—¿Cómo haces tú para estar contento?

Y respondió Pedro:

—Conformándome con ser cazador de cantos, en vez de ser cazador de pájaros. . . Yo voy al bosque y oigo cantar a todos los pájaros, y todos son como míos, porque son míos, sus cantos, que cazo con los oídos. Luego de un silencio, agregó con cierto tono sentencioso: Es lindo ser cazador de cantos, y es cruel ser cazador de pájaros.

—Vaya una zoncera — dijo Juan, y se fué a esperar que su calandria cantara.

La encontró triste, con las plumas encrespadas, como si tuviera frío.

—Se te va a morir — le advirtió Pedro.

—Es verdad. Antes que se me muera la suelto, arguyó Juan, y la soltó.

Al día siguiente tuvo un bello despertar. Mejor dicho: el pájaro lo despertó con su canto.

—¡Pedro, Pedro! — gritó sacudiendo a su hermano que dormía en una camita a su lado — oí la calandria, canta, canta para mí.

Y diciendo esto se vistió rápidamente, como para tomar posesión de lo suyo. Salió al patio y vió al ave parada en la ramita de siempre, cantando. Le pareció que la calandria lo miraba agradecida. Le pareció que nunca había cantado tan fuerte y tan bien. ¡Le pareció que sólo cantaba para él!





El Gusanito y la Araña

En el agujero que un árbol tenía en su tronco, vivía feliz una familia de arañas. Cierta vez que una de las arañitas bajó al suelo a hacer un mandado y se entretuvo jugando, desobedeciendo las advertencias de la madre, fué sorprendida por una tormenta. Para librarse de la lluvia se guareció debajo de una hoja seca, a la cual el calor del sol había dado forma de cucurucho, pero el viento levantó alto la hoja junto con otras, y empezó a jugar con ellas. La arañita agarrándose a las asperezas de la hoja con toda su fuerza, marchó con ella donde el viento la llevara, y así sucedió que al pasar la tormenta y salir el sol, se halló trasladada a centenares de metros, del árbol donde estaba situada la casita de su familia.

Cuando se convenció de que la tormenta había pasado, salió de su guarida y entonces, acordándose

del mandado, se dispuso a volver a su casa. Pero bien pronto se dió cuenta de que estaba muy lejos y que iba a tener que caminar mucho, días enteros, para llegar a la cuevita en que vivía junto con sus padres y hermanos.

Entonces decidió pedir ayuda a algún insecto compañero que tuviera alas, para que en un vuelo la trasportara hasta su casa, y decidida a ello empezó a caminar.

Al poco rato encontró una mosca, a la cual dijo:

—Buenas tardes, amiga mosca.

—Buenas tardes, arañita — le contestó la mosca, e interrogó en el acto —: ¿qué andas haciendo con esta humedad?

—Caminando, con muchos deseos de llegar a mi casa, donde me esperan mis padres y hermanos.

—¿Y dónde vives? — volvió a preguntar la mosca.

—Muy lejos, amiga — dijo la arañita, con un tonito triste.

—¿Y qué haces por aquí?

—¿Qué voy a hacer?... salí de casa a un mandado, me tomó la tormenta, me metí dentro de una hoja seca para resguardarme de la lluvia, pero no conté con el viento, y éste, haciendo volar la hoja me trajo hasta aquí.

—Lo siento — contestó la mosca, y agregó: vas a tener que darle a las patitas, ¿eh?

—Es verdad — respondió la pequeña araña suspirando, y se miró las patitas con tristeza.

—Bueno, adiós — dijo la mosca.

—Espera un momento — gritó la arañita con ansiedad —, yo quería pedirte un servicio... ¿sabes?

—¿Qué servicio?

—Que me llevaras volando hasta mi casa... a ti te costaría tan poco con esas lindas alas que tienes...

—Disculpa — respondió la mosca —, tengo mucho que hacer y ya es tarde, adiós, que te vaya bien — y salió volando.

La araña dió unos saltitos de rabia e impotencia y dijo:

—Cuando sea grande me las van a pagar todas las moscas que encuentre en mi camino — y luego que se le pasó un poco la furia, siguió caminando. Al ratito nomás se encontró con una abeja. Ambas se saludaron deteniéndose. La araña, ante las mismas preguntas, volvió a hacer el relato de su desgracia, y luego de exaltar las virtudes de la abeja y la fama del producto fabricado por ésta, le pidió que la condujera a su casita. Pero la abeja, luego de agradecer las alabanzas, se disculpó diciendo que no podía perder tiempo, pues estaban muy atrasadas sus tareas de fabricar miel para alimento y placer de los hombres, y la dejó sola.



Siguió caminando la arañita hasta encontrarse con una langosta. Hubo el mismo saludo, la misma narración e idéntico pedido de ayuda, pero la langosta contestó:

—No puedo, che, tengo que juntarme en seguida con mis compañeras para salir en manifestación a comer un trigal; si no con mucho gusto te llevaría en cuatro saltos.

Siguió caminando y encontró un bichito de esos a los cuales les llamamos "guitarreros". La pequeña araña lo saludó, pero el guitarrero estaba como ensimismado, como oyéndose interiormente y no se dió cuenta del saludo, por lo cual aquélla siguió de largo. Desesperaba ya e iba a ponerse a llorar, cuando le sucedió algo que la hizo reír. Encontró un gusanito comiendo una hojita nueva. La araña iba a pasar junto a él sin saludarlo, del desaliento que tenía y también, posiblemente, porque se trataba de un gusano, es decir, de algo que en esos momentos no le servía para realizar sus fines, pero fué el gusanito humilde y bueno quien la saludó diciéndole:

—Buenas tardes, señorita araña, ¿adónde vas tan orgullosa? En mi tierra, aunque no se conozca, se saluda. La araña ante el tono lisonjero y humilde del gusano, se sintió halagada y se detuvo explicándose:

—No te saludé porque no te vi. Voy muy apurada a mi casa, la cual queda muy lejos —. Y dicho esto, le contó la historia de su desdicha. Cuando terminó el relato, el gusanito se quedó en silencio,

pensativo. Pasado un momento, dijo con tono entristecido:

—¡Pobre arañita, qué malos son los que pueden, qué malos y qué egoístas! Así es la vida, hermanita, los que pueden hacer el bien no lo hacen, y los que desean hacerlo, no lo pueden.

La arañita se despedía ya, cuando el gusanito, con cierto misterio, la detuvo y le dijo:

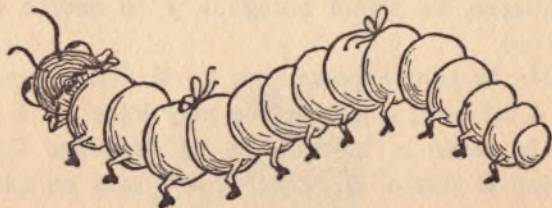
—Escucha, arañita, pero no te rías de mí. Escucha y dime: ¿No podrías esperarte unos cuantos días más para ir a tu casa?

—¿Y para qué esperar — dijo la araña —, para qué perder tiempo? Seguiré pidiendo y caminando hasta que encuentre quien me lleve, o hasta que llegue a pie.

—¿Y si yo dentro de unos días te pudiera llevar? interrogó el gusano.

—¡Tú! ¿tú me vas a llevar? — exclamó la arañita riéndose a carcajadas. — Tú que tienes las patitas tan cortas que precisas recurrir a la barriga para caminar? — Y soltó otra carcajada.

El gusanito se puso colorado, y luego de un silencio, en un arranque de sinceridad, le dijo:



—Mira, arañita, créeme y no te rías. Yo siento una cosa extraña en mí, siento que me va a suceder algo grande y lindo; tengo un presentimiento; tengo la sensación de que me están naciendo alas en el lomo, unas alas hermosas, y que voy a volar como el mejor. Créeme, no te rías; si te esperas un poco, te llevo, vas a ver cómo es cierto lo que te digo. Te aseguro que te llevo.

—No seas iluso — díjole la arañita golpeándole el lomo con una de sus patas —, no seas iluso, bájate del pescante, confórmate con lo que eres. Yo te agradezco la buena voluntad, pero no puedo perder tiempo en los ofrecimientos de un caído de la cuna. Adiós. Y se marchó dejando al pobre gusano desairado y compungido.

Llegó la noche. La araña se sintió cansada y se durmió. Al día siguiente y durante varios días más, descansó, para reponer sus fuerzas y emprender de firme la caminata, convencida ya de que ninguno de los insectos voladores se molestaría por ella.

Una mañana muy linda se despertó animada y se dispuso a emprender el viaje. Habría caminado como una hora, cuando se le acercó volando una mariposa muy linda, la cual, luego de hacer sobre ella dos o tres piruetas en el aire, se detuvo a su lado. La arañita también se detuvo y se quedó mirándola.

¡Asombro: no podía creer lo que veía! Era el gusanito, el mismo gusanito humilde y soñador de quien ella tanto se había burlado, el que estaba allí, transformado en una lindísima mariposa.

La araña no sabía qué decir, ni se animaba a recordarle el generoso ofrecimiento, después del desprecio que ella le había hecho, al rechazárselo en forma tan antipática. Además, pensó que el gusano — ahora mariposa — en venganza, no la iba a llevar, y que seguramente la habría buscado para echarle en cara sus desprecios y despreciarla él, ahora, a su turno. Pero no fué así. El gusanito humilde, y ahora linda mariposa, era más generoso y bueno de lo que ella se había figurado. Tan es así, que alegremente y sin enojo ni rencor, le habló de esta manera:

—Amiga arañita, ¿qué te parecen mis alas?

—Muy lindas — contestó la araña animándose.

—¿Ves como yo tenía razón al afirmar que sentía algo extraño, y que era la sensación de mis alas?

La araña bajó la cabecita humildemente.

—Bueno, sube nomás — prosiguió la mariposa —, ya me olvidé de tus risas y desdenes, no te guardo ningún rencor, sube nomás.

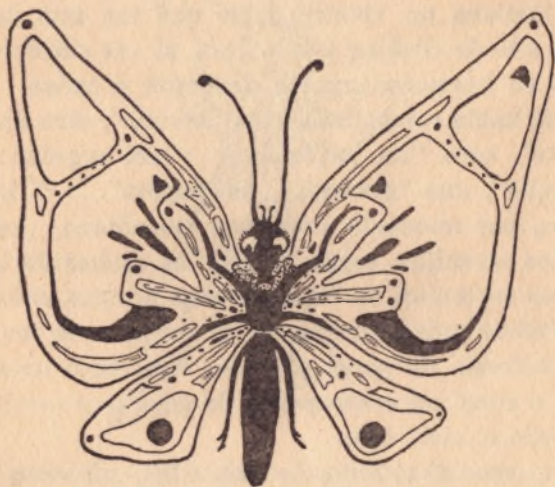
—¡Ay, con qué te pagaré tanto bien!

—No pienses en eso. Para mí, conducirte no es molestia, y si lo fuera te llevaría lo mismo. ¡Siento una alegría tan grande al poder hacer un servicio!... ¡Vamos sube por esa ala! — Y le tendió a los pies una alita para que subiera.

Subió la arañita muy contenta y se acomodó bien para no caer.

—¿Estás pronta? — interrogó la mariposa —.
¿Te agarraste bien?

—Sí, amiga, estoy pronta — respondió aquélla.
Y la mariposa echó a volar.



Las Cometas

A orillas del gran río, en una clara mañana de primavera, los niños habían remontado sus cometas. Soplaban un vientito tibio que era una delicia. Cada uno de ellos se sentía feliz, al ver cómo se elevaba su hermoso juguete de papel y cañas.

Uno había remontando una "bomba", otro un "barrilete", otro "un papagallo"; y así seguían: una "estrella", una "granada", un "lucero"... Y las cometas, por momento inquietas, coleadoras; por momentos serenitas, según fueran las rachas de viento que las sostenían, se miraban unas a otras, cada cual creyéndose más hermosa, en su forma o en sus colores chillones de papel pintado. Era como un certamen, o como un contrapunto de colores y movimientos bajo el cielo azul.

Era como si el alma de cada niño, subiendo milagrosamente por los hilos, se hubiera posesionado de cada cometa encarnándose en su forma y en sus colores.

Así, como cada una tenía el alma y el sentir de su dueño, allá arriba se había entablado un coloquio

de cometas, que dialogaban discutiendo infantilmente sobre cuál de ellas era mejor.

Decía la bomba, muy presumida:

—Yo soy la mejor. Para construirme, se necesitan más cañas que para construir a cualquiera de ustedes. Además, por mi forma y por mi nombre infundo temor y respeto. ¡Cuidado conmigo si estallo, pues yo soy la bomba!



—Bomba de confitería — le respondió con gracia el barrilete —. Si estallaras, comeríamos crema.

—¡Que estalle, que estalle! — gritaron las demás en medio de risas largas como sus colas.

—Fuiste una pava — dijo a la bomba la granada —. No supiste imponerte. Ahora me verás a

mí. Y dirigiéndose a las demás, les dijo —: Yo soy la granada. Para construirme se necesita juntar media bomba, más media estrella. Por debajo, soy redonda, por arriba puntiaguda. Soy, como quien dice, la tierra bajo el cielo.

—Pero eres todo a medias — le contestó el lucero —. Ni la tierra ni una estrella completas. Eres una cosa por mitades. Para ser algo que valga la pena, hay que serlo enteramente, como yo, que soy un lucero, no sólo por mi forma, sino por mi color rojo.

—Pero no das luz — le respondió la bomba, rompiendo el silencio en que la había dejado su derrota.

—Es cierto, es cierto — gritaron las otras —. Un lucero sin luz, ¿para qué sirve?

—Que lo remonten de noche, a ver quién lo ve — propuso el barrilete, y su ocurrencia fué celebrada con una carcajada general.

—Y tú, ¿qué virtud tienes para reírte de mí? — dijo el lucero.

—La de parecerme a un barril — respondió el barrilete poniéndose serio.

—¡Vaya una virtud y una belleza! — dijeron varias.

—¿Les parece poco asemejarse a un barril de vino? El vino es una cosa muy importante para el mundo. ¡Hay que ver el lugar que ocupa en los gustos del hombre! ¡El vino!...

—Pero tú no eres el vino, al fin y al cabo — arguyó la estrella —. Quítate esas ilusiones. Tú, ba-

rrilete, que te enorgulleces de parecerte a un barril, piensa que te enorgulleces de parecerte a un recipiente y nada más. ¡Qué papel harías si te echaran vino! No lo podrías contener.

—Y aunque representara el vino — agregó tímidamente el papagallo —, ¿qué virtud habría en ello? El vino es el principio de un vicio, el de la ebriedad. ¡Vaya una virtud la que quieres representar!...

Una racha de viento hizo colear al barrilete más de lo común, y la granada indicó riendo:

—¡Miren cómo se tambalea! Tanto desea ser barril, que ya parece un ebrio.

Avergonzado y corrido, se calló la boca el barrilete.

Entonces habló la estrella del modo siguiente:

—Tal vez sea yo la mejor al ser la estrella. No soy nada a medias, sino algo entero y hermoso. Verdad que tampoco doy luz, mas no olvidemos que somos cometas. Si fuera estrella que diera luz, estaría en el cielo y sería un astro. Ustedes han sido injustas con mi amigo el lucero. Pero yo tengo una luz de la que no se han dado cuenta, una luz que no alumbra para afuera, pero que tampoco se apaga como la luz vulgar.

—¿Y qué luz es ésa tan rara? — interrogaron las restantes.

—Yo poseo la luz que me dan los poetas, los miles de poetas que en el mundo me han cantado, me cantan y me seguirán cantando.

—Yo estoy en el mismo caso — terció el lucero.

Pero las cometas no lo oyeron, atraídas e interesadas por los argumentos de la estrella. Sólo el barrilete lo oyó, y le dijo en voz baja:

—Sí, pero no defendiste tus virtudes con el calor de tu compañera. Ten paciencia y oigamos lo que dice ella.

La estrella, con gracia y con pasión, seguía argumentando así:

—Aunque hecha de papel y cañas como ustedes, soy linda porque me embellece mi deseo de ser algo hermoso, como lo es una estrella. Y en mi ilusión, como en la ilusión de los niños que me sueltan al cielo, estoy tan lejos... que represento lo inalcanzable, lo que se sueña y se desea. Desde allá arriba ofrezco a todos, mis puntas, que son como mis brazos, mas ninguno puede tomarme.

Las demás cometas callaron. No supieron qué decir, luego de oír las hermosas palabras de la estrella, quien las había convencido de su superioridad.

—¡Viva la estrella, que es la mejor de todas! — gritó una del grupo, con nobleza. Pero otras recor-



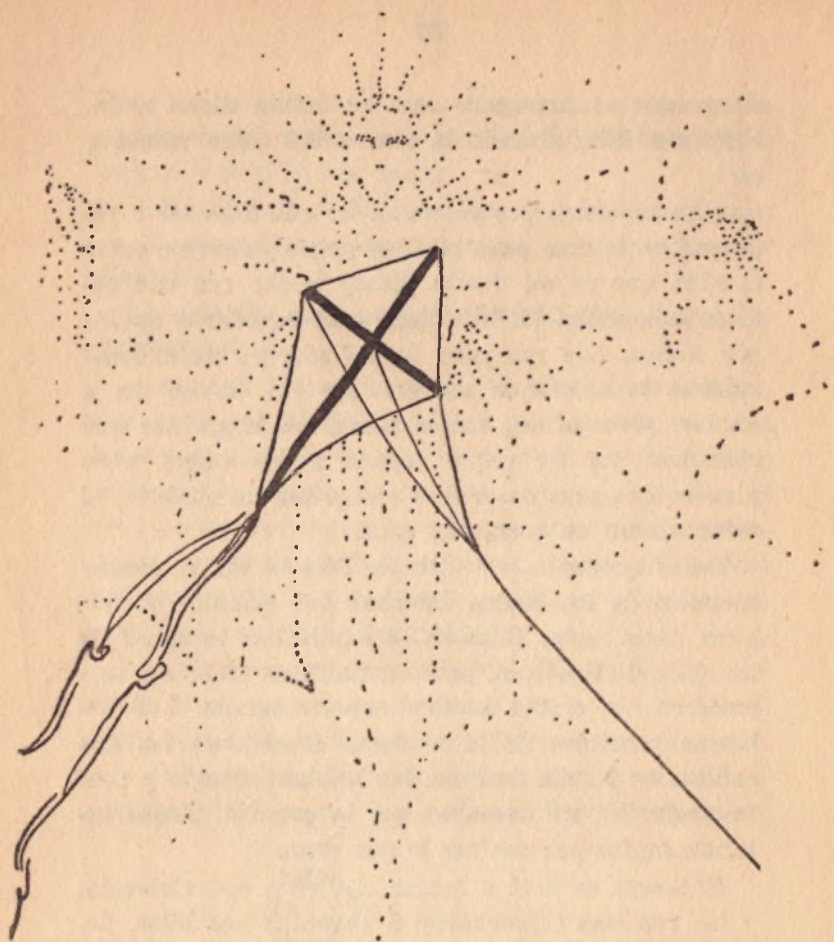
daron que el papagallo aun no había dicho nada. Entonces éste, alzando la voz, habló como vamos a oír:

—Yo no tengo pretensiones. Lo que creo ser o representar, lo creo para mí. Soy pobre y sencillo como el niño que es mi dueño. Estoy hecho con dos cañitas solamente. Mi hilo tiene tantos pedazos unidos por nudos, que me pesa demasiado, no dejándome subir a la altura de ustedes. En fin, yo no iba a hablar, pero ya que me lo piden, no tengo por qué callarme. Soy un papel pegado a dos cañas, pero piensen que esas dos cañas recuerdan un símbolo, al estar atadas en forma de cruz.

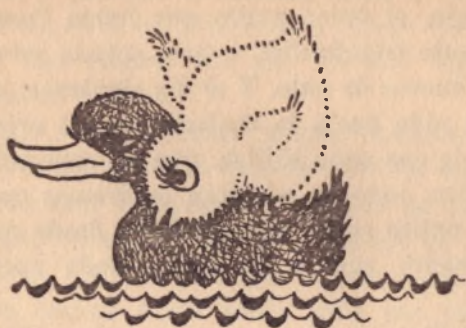
Todas quedaron en silencio. Sólo se oía el roncar metálico de los flecos. Pasaban los minutos y ninguna decía nada. Ellas no se explicaban la causa de tal actitud silenciosa, pero sentían una alegría y una emoción que nunca habían experimentado. Las palabras humildes de la modesta cometa de las dos cañitas en forma de cruz, las habían vencido y conformado. Ya no deseaban ser la estrella. Todas estaban conformes con ser lo que eran.

Entonces empezó a soplar el viento con violencia, y las cometas comenzaron a reventar sus hilos, demasiado delgados para un viento fuerte. La estrella y el lucero se fueron a las nubes. La granada y la bomba cayeron a tierra. El barrilete al agua.

Sólo quedó en el aire el humilde papagallo, ya que su hilo, al pesar más de lo común y hacer mucha comba, teniéndolo remontado en plano más bajo, lo había librado de aquellas rachas violentas.



Entonces, el viento lo hizo subir hasta el plano que las otras habían dejado libre, y ahora coleaba hermoso, ágil, reinando en el vacío; y el niño pobre que lo tenía desde la playa, parecía transfigurado de alegría, en medio de las caras asombradas de los otros niños, que no comprendían por qué el papagallo era la única cometa que no había reventado el hilo.



El Patito

El quintero era hombre práctico. Había “echado” una gallina con diez huevos de raza fina, pero con varios días de anticipación, realizó igual operación con otra clueca, a la cual puso huevos de pato, pues la incubación de éstos tarda más que la de los pollos.

Así, si alguna de las aves “perdía” muchos huevos durante la incubación, los pocos polluelos que obtuviera, se le ponían a la que “sacara” un número mayor.

Y bien. La gallina que empollaba sus propios huevos, esa mañana se sentía contenta. Los pollitos ya estaban “picando” la cáscara para “salir”, o si quieren, para “nacer”. Así fué que a la tarde comenzaron a aparecer los primeros, ya sequitos y vivarachos, bajo el pecho plumoso de la madre, curioseando hacia todas direcciones.

Esa noche, el quintero engañó a la gallina, poniéndole debajo, el único patito que había "sacado" la que, durante treinta días, estuvo echada sobre la nidada de huevos de pato. Y al día siguiente, la madre salió del nido hacia la mañana de sol primaveral, seguida de sus once hijitos, que en realidad debían de ser diez; pero en adelante tendremos que considerar al patito como hijo también, desde que ni la propia madre postiza se había dado cuenta del engaño.

Los pollitos sí, ya lo verán ustedes. Ellos, pico-teando por aquí, saltando por allá, empezaron a observarse unos a otros, pues casi no se conocían, y notaron que uno de ellos era diferente a los demás. Acontecía algo parecido a lo que sucedió una vez con otro patito, que luego resultó no ser un pato común sino un bello y poético cisne, y en cuya historia nos hemos inspirado para contar este cuento.

Notaban así que entre ellos y el hermanito extraño, día por día se acentuaba la diferencia, especialmente en el pico y en las patas, ya que las del hermanito tenían una membrana entre los dedos, que no poseían ellos.

Como era natural en estos seres inocentes, los más se reían de aquel que representaba el menos, puesto que era uno solo. Si el caso se hubiera presentado al revés, si fueran diez patitos y un pollito, aquéllos se hubieran reído del pollito y no los pollos del pato, como acontecía en esta ocasión.

La madre no pensaba nada al respecto; lo creía

hijo suyo, y por eso lo trataba como a los demás, sin notar siquiera las diferencias físicas que los distinguían. Las madres son así. No hay hijo defectuoso para su cariño.

Los días y las semanas fueron sucediéndose sin mayores variantes, en la vida de nuestros amiguitos. Todos eran muy compañeros, a pesar de que, como al principio sucediera, los que estaban en mayoría continuaban riéndose del que representaba la minoría. Le hacían burla sobre todo por sus movimientos poco elegantes, y su menor agilidad en la carrera. Cuando se separaban de la gallina, y ésta, al hallar alguna semilla, los llamaba con su cacareo característico, todos corrían hacia la madre, y el que era pato — sin saberlo — llegaba siempre último, ante la burla de los demás hermanos.

Pero, todo tiene su compensación. Cierta día llovió mucho, pero mucho. El campo se iba adornando de lagunitas. Todos los lugares en que el terreno estaba algo más bajo, se inundaron. Estaba precioso el campo verde con tantos ojos grandes y plateados, en los que ya se empezaba a reflejar el cielo.

La gallina, al comenzar la lluvia amparó a todos sus hijuelos bajo sus alas extendidas, librándolos de la lluvia. Pero a los pollos se les empezaron a humedecer las patitas. De vez en vez alguno se asomaba por entre las plumas de la madre, mas el patito a cada momento se le escapaba, y daba unas vueltas entre el barro recibiendo la lluvia con alegría. Los demás estaban admirados de verlo tan valiente.

El agua siguió cayendo de las nubes, y allí, donde ellos estaban, el suelo se empezó a inundar como en los otros lugares bajos. La gallina no atinaba a huir, por el susto que tenía. Cada vez los cubría mejor, pero el peligro ya no venía de arriba, sino de abajo. El agua subía. Ya les llegaba al pecho. La gallina entonces se incorporó junto con toda su prole, pero el agua subía despacito, y después del pecho les empezó a dar a la altura de las alas. La gallina cacareaba desesperada. El campo, en su derredor, en las partes altas mostraba tierra firme aún, tierra cubierta de pastito verde, y en la punta de cada pastito, una gota de agua como una lágrima que llorara por aquella desgracia. El deseo ansiado de todos era cruzar el charco y llegar a tierra, pero no se animaban. Cuando el agua les llegó al cuello, el patito tuvo un arranque de valentía y de amor por su familia, y se decidió. Dió unas vueltitas como para probar su habilidad, y como para convencer a los demás de su superioridad en aquellas tristes circunstancias. Luego les dijo resueltamente:

—No se aflijan, yo los voy a salvar. Súbanse de uno en uno sobre mi lomo, y agárrense bien fuerte para no caer, que yo, nadando, los llevaré a la orilla como si fuera un botecito.

Todos los pollitos se abalanzaron hacia él. Entonces la madre puso orden y designó al primero que tenía que salvarse, el cual era el más pequeño, ya que, aunque todos tenían la misma edad, unos se habían desarrollado mejor que otros. El más chico

se subió, como vamos contando, sobre el patito, y éste se echó a nadar.

—Tengan mucho cuidado — decía la madre, pero no había peligro.

El patito era un as en el agua, haciéndole honor a aquel dicho: “qué más quiere el pato que lo echen al agua”. Cruzó la lagunita con su hermano a cuestas, lo depositó en tierra firme y volvió a hacer lo mismo con todos, uno por uno, hasta salvar al último. Entonces, la gallina, al verse sola se decidió, y con escandaloso ruido de alas y cacareo, cruzó el charco, mojándose bastante por cierto, hasta que se juntó con el resto de la familia, que la recibió con gran alegría.

La lluvia había cesado de caer. Un viento del oeste con olor a Pampa, empezó a secar la tierra y a limpiar el cielo de nubes. Apareció más bello que nunca, el sol. La gallina y sus hijos picoteaban, felices, la punta de los pastos húmedos y tiernos. En eso, la madre vió con horror que todos los pollitos rodeaban al pato como queriendo picarlo en la cabeza.

Enojada, les gritó:

—¿Qué hacen, mal agradecidos, lo están picoteando después del servicio que les prestó, salvándoles la vida?

Y los pollitos contestaron en coro, riéndose con una risita de cristales rotos:

—¡Pero, mamita, ¿no ves que lo estamos besando?



La enseñanza del Avestruz

Era un viejo barbudo que andaba por la calle vendiendo yuyos. Los llevaba dentro de una bolsa que se echaba al hombro. Por esa razón le llamaban "el yuyero".

El pobre andaba muy mal vestido, pues su oficio de vender hierbas para remedio, le rendía muy poco beneficio.

Era uno de esos viejos de pelo y barbas hirsutas, con los cuales algunas madres amenazan a sus chicos cuando se portan mal, diciéndoles que se los va a llevar "el viejo de la bolsa". Mas éste era tan bondadoso, que los niños ya lo conocían y ninguno le tenía miedo. Al contrario, se alegraban al verlo, porque conversaba con ellos y los entretenía con sus cuentos. Para todo tenía una historia o un verso al caso, con lo cual salpicaba su charla haciéndola pintoresca y llena de interés.

Los niños lo atajaban en la vereda, haciéndole preguntas; y él parecía que lo deseaba; tanto era el placer que encendía su sonrisa cuando los chicos le hacían rueda.

El viejo sabía un mundo de cosas; pero su saber era distinto al de los demás hombres. Los muchachos notaban que las cosas que les contaba el viejo yuyero, no las sabían ni sus padres ni sus maestros. De ahí venía, principalmente, el interés que en ellos despertaban sus cuentos o sus consejos.

II

El viejo, con la bolsa al hombro, el sombrero casi verde ya de tanta intemperie, y los zapatos desformados por el largo uso, fué detenido y rodeado por el grupo de niños, como tantas veces.

—Háganos un cuento, Don yuyero, pidieron las voces infantiles.

Uno reclamaba el del *sapo*; otro el del *avestruz*; y así iban recordándole los temas, hasta que el buen anciano, se decidió.

—Les voy a contar el del *avestruz*, ¿quieren?

—Bueno, bueno, el del *avestruz*, asintió el corro alegremente. Y el vendedor de yuyos quedó con la palabra.

Han de saber ustedes, que el avestruz — más conocido en nuestra tierra por ñandú — es un bicho muy inteligente. El señor ñandú, y la señora ñanduza, hacen un matrimonio ejemplar; tan ejemplar que hasta nosotros, los hombres, tenemos algo que aprender de ellos.

Son tan compañeros, que se ayudan mutuamente en el trabajo que les impone la vida. Por eso él le ayuda a ella a empollar los huevos, y no tiene a menos pasarse los días echado sobre la enorme nidada, para fecundarlos con su calor, tarea ésta que, como ustedes saben, siempre la realiza la hembra en las otras aves. Y es de suponer que, mientras el avestruz transmite calor a los huevos, la avestrza tiene que conseguir el sustento para ambos.

—No puede ser, es cuento—dijo uno de los oyentes.

—Es verdad, es verdad,—respondieron varios,— porque mi papá me dijo que era cierto y que hasta estaba escrito en un libro.

—Yo no sé si está en los libros, — dijo el viejo, — pero les aseguro que esto lo he observado yo, cuando vivía en el campo.

—Que siga, que siga, — alborotó el corro.

—Bueno, pero ahora viene lo mejor, y esto sí que es una enseñanza para ustedes. Ténganlo grabado en la memoria, para cuando sean mozos y anden buscando novia para casarse y formar un hogar. El ñandú es tan precavido y tan buen padre de familia, que para que sus hijitos al nacer, no se vean faltos de comida, hace algo que no realizan todos los hombres, por cierto. Cuando se echa a empollar, deja un huevo fuera del nido. Este huevo, al no recibir el calor de su cuerpo como los demás, se pudre. Y cuando él sabe que faltan pocos días para que los ñanducitos rompan con sus picos la cáscara del huevo a fin de salir, y de nacer, rompe el huevo podrido. Este, por su estado de descomposición, atrae una cantidad de gusanitos e insectos en general. Y cuando los hijos rompiendo la cáscara salen a la luz, hallan la comida “servida” durante varios días, sin tener necesidad de ir a buscarla, como las crías de otras aves.

Aquí terminó el cuento. El rostro de los niños expresaba ternura y felicidad poco comunes. El viejo los miró complacido. Su cara barbuda estaba demasiado cubierta para expresar su emoción, pero sus ojos se humedecían de placer y de amor abuelo, chispeando entre el bosque despeinado de sus patillas.

Luego se acomodó la bolsa, se apretó el sombrero agujereado y se fué sin despedirse. Mas los niños le hicieron una despedida elocuente a los gritos de ¡viva el avestruz!; a los gritos de ¡viva el yuyero!

Un concurso de Belleza

Hace muchísimo tiempo, en estas tierras de América sucedió lo que voy a contar. Los hombres vivían en estado salvaje, casi desnudos, al continuo contacto con la naturaleza.

Los animales — el hombre entre ellos — gustaban de los lindos colores con que se adorna el paisaje, pero teniendo sus preferencias. Esta tendencia a la selección los hacía preferir por más hermosos, aquellos colores que se daban con poca frecuencia en sus pieles o plumas. Por eso, de haber podido elegir, hubieran sido azules, o rojos o verdes, pero sin mezcla, es decir: querían ser lo raro, lo original, lo no vulgar y por ello, lo más apreciado. Como se ve, no eran zonzos.

Por tal causa, las pieles o plumas manchadas de colores o las de color indefinido, al ser las más abundantes, representaban lo ordinario, lo defectuoso. Y si las manchas eran un defecto, es de suponer que los animales prefirieran los colores no manchados, los colores parejos. Así, por ejemplo, consideraban más hermoso un caballo negro o colorado, que uno

rosillo, moro, o tobiano; y era más admirado un pájaro todo azul o dorado, que uno ceniza. Además, la preferencia por el color parejo tenía otra causa de importancia, y ella era la siguiente: el cielo era azul en el buen tiempo, que siempre deseamos, y plomizo, con nubes oscuras en las tempestades. Los ríos eran verdes o azules, cuando estaban tranquilos, y terrosos y revueltos en las tormentas, cuando causaban daños con sus crecientes. Y el sol era enteramente dorado, las estrellas claras y la luna pálida.

Es de suponerse, que las varias razas de animales se disputaran el predominio de la hermosura, hasta que allí también, para resolver ese pleito, se realizó un concurso de belleza.

Pero sucedió que a dicho concurso, y entre las protestas de los concursantes, se presentó el hombre, alegando que él también era un animal de la naturaleza como cualquier otro, y no hubo más remedio que admitirlo. Los animales, entonces, vieron en el hombre el enemigo con más probabilidades de triunfo, puesto que éste, en su piel bronceada, no tenía manchas.

Al hombre, por lo tanto, se le suponía vencedor.

Y se llevó a cabo el mentado concurso.

La presidencia del jurado recayó, luego de larga discusión, en el representante del hombre, que era un anciano muy sabio, el cual había llegado a esos pagos hacía más de cien años, de tierras desconocidas y en una barca que las olas de una tormenta arrojaron a aquellas playas. Era un tipo de otra

raza, mucho más viejo y más sabio que los otros hombres pobladores de aquellas comarcas, por cuya causa, aquéllos lo habían reconocido como jefe o cacique, y confiando en tales superioridades, lo designaron para que los representara en el concurso.

Se reunieron, entonces, los miembros del jurado, bajo la presidencia del anciano. El loro fué el primero en pedir la palabra, y luego que ésta se le concedió dijo:

—Yo voy a votar por la cotorra, que es toda de color verde como el mar.

Pero el zorro le contestó en el acto:

—Señor loro: su amiga la cotorra será muy verde, pero tiene el pico y las patas de un amarillo sucio que desentona.

A lo cual la aludida respondió enojada:

—Amarillo, sí señor; pero sucio, no. Usted ¿qué se cree?

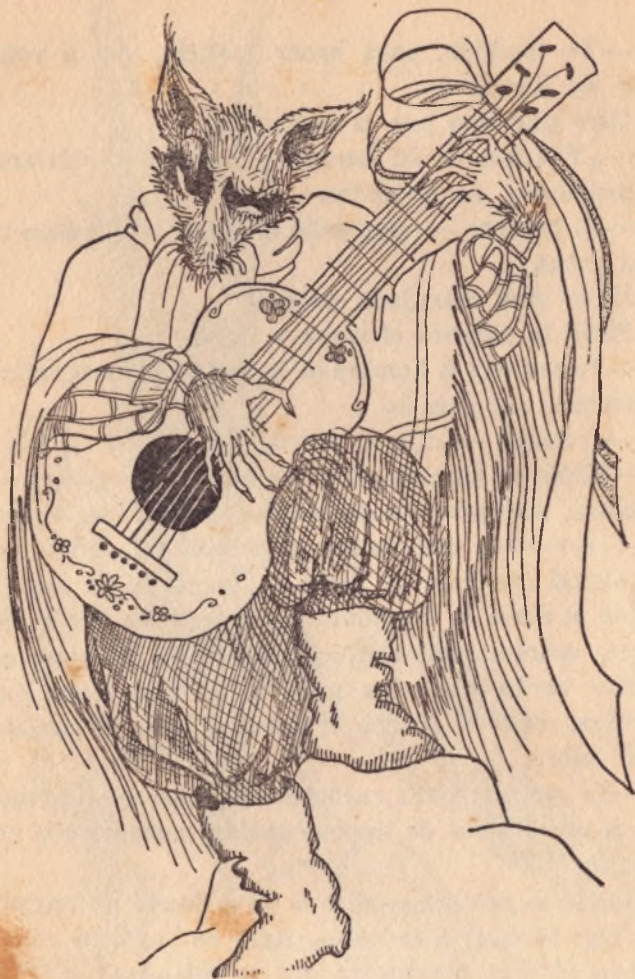
—No haya pendencia — dijo el anciano extendiendo los brazos para apaciguar a los contrincantes.

Hecho el silencio, continuó el loro, que tenía la palabra:

—Muy bien, señores — dijo —; puesto que se hace hincapié en las patas y el pico de la cotorra, que es algo así como mi hermana, votaré por mi primo, pues hay un refrán que dice que la caridad bien entendida empieza por casa.

—¿Y quién es su primo? — preguntaron varios animales a la vez.

—¿Quién ha de ser sino el hombre? — contestó el loro contoneándose.



Todos soltaron una carcajada, mientras el anciano, buenamente, irónicamente, sonreía.

Pidió la palabra el mono y dijo:

—Yo también, para hacer justicia, voy a votar por mi hermano.

Otro que tira por la parentela.

—¿Y quién es su hermano, amigo — volvieron a preguntar los presentes.

—El hombre — respondió el mono poniéndose en dos patas.

Hubo otra carcajada general.

Pidió la palabra el zorro y dijo:

—Yo veo que el hombre se ha entendido con varios miembros del jurado.

—Protesto — dijo el perro.

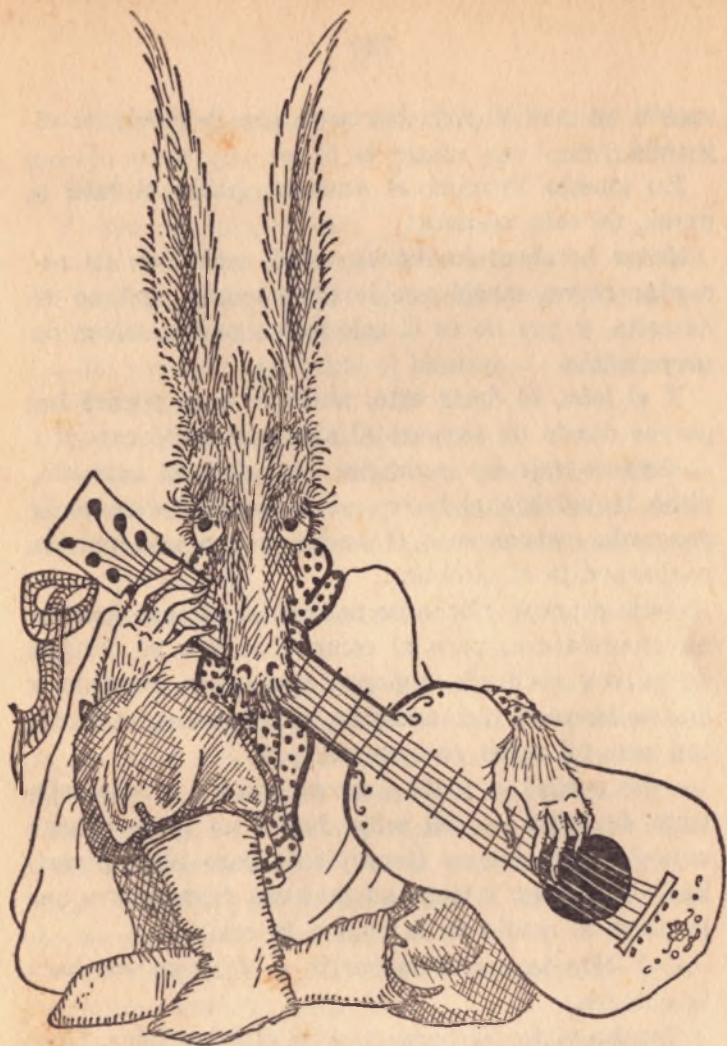
—Tiene la palabra el señor zorro — contestó el anciano, siempre con su sonrisa bondadosa.

...entendido con varios miembros del jurado — prosiguió diciendo el zorro —, pero yo le voy a echar al suelo la candidatura, haciéndoles ver a ustedes, señores animales, que así como la cotorra, siendo verde, tiene las patas y el pico claros, el hombre, sobre el cuerpo bronceado, tiene el pelo de otro color.

—Es verdad; tiene razón el señor zorro — gritaron a coro varios de los que tenían pretensiones de triunfo.

—Pido la palabra — dijo el tigre dando un rugido que hizo temblar a todos —. Aquí no hay más color parejo ni más hermosura que la mía, ¿entienden?

Callaron acobardados los demás animales, pero el anciano, incorporándose lleno de majestad, le clavó los ojos al yaguareté, diciéndole:



—Señor tigre: yo estoy aquí para presidir este acto y para llamar al orden a los prepotentes. Tenga la bondad de hablar en un tono más mesurado. Usted

será o no será el más hermoso, eso lo resolverá el jurado.

En cuanto terminó el anciano, habló el león o puma, de esta manera:

Señor hombre: ha hecho usted muy bien en recordar al yagüareté que la prepotencia aquí no se necesita, y que no es él solo quien podría tallar de prepotencia.

Y el león, al decir esto, abrió la boca y sacó las garras dando un zarpazo al aire que causó espanto.

Después que los animales se hubieron calmado, pidió la palabra el burro, se acomodó, se rascó la garganta, se compuso el pecho, y con una parada bárbara dijo él también:

—He esperado, lleno de paciencia, ver proclamada mi candidatura, pero al comprobar que se olvidan de mí, les recuerdo, señores, que estoy presente y que no tengo el pico amarillo, ni mis crines contrastan con mi color en general.

—Es verdad — gritó el zorro, que era el más avisado de todos —. El señor burro no tiene el pico amarillo (ya que no tiene pico), pero tiene amarillos los dientes, y tiene además esa raya oscura que lo parte al medio de la cruz a la cola.

—Y éste te acabó de partir — dijo en voz baja la cotorra.

Estaba visto. El hombre sería el triunfador. Unos lo votarían por el propio convencimiento de su mayor uniformidad en el color, y otros para restarle votos a algún rival.

Una voz se expresó así:

—Creo que ya se ha discutido bastante. Hago moción para que se dé el punto por terminado y se realice la votación.

Y otra voz respondió:

—No apoyado. Creo que debemos oír la opinión del hombre, quien, siendo el candidato principal, no se ha pronunciado todavía.

—Es verdad; que hable el hombre — exclamaron todos a la vez.

Entonces el anciano habló:

—Pues bien, amigos míos; ya que piden mi parecer, les diré que el hombre también tiene manchas, por cuya causa les adelanto desde ahora que no votaré por él.

Todos quedaron asombrados. El anciano prosiguió:

—Si la mancha significa defecto, el hombre tiene más manchas que cualquiera de los otros animales, porque tiene defectos, no sólo en cuanto a la belleza del color, sino también respecto a la belleza del espíritu, que es un defecto más grande. Algunos hombres, desgraciadamente, tienen una mancha que se llama “envidia”, otra que se llama “maldad”, otra que se denomina “traición”...

—¿Y de qué color son, que no las vemos? — preguntaron a coro los animales.

—No tienen color, o éste no se les ve — respondió el viejo —, porque esas manchas, el hombre que las tiene, las lleva escondidas debajo de la piel.

Y los animales se quedaron tan confundidos, que se suspendió el concurso para otra oportunidad.

Los dos Petisos

Yuyo y Macachín, hermanitos en edad escolar, eran los felices dueños de dos petisos overos casi iguales, a cual más hermoso, a cual más gordo, pero también a cual más mañero, como suelen ser los petisos, sobre todo en manos de muchachos.

Los padres de estos niños, eran estancieros que vivían en la ciudad pensando en la llegada del verano, para ir a disfrutarlo con sus hijos, bajo las tupidas arboledas de la estancia.

Allí era de ver el gozo de los niños, en actividad campera desde el amanecer, acompañando a los peones en las tareas que no encerraran peligros. Así participaban ellos, jinetes en sus petisos, en el arreo de la tropilla, todas las mañanitas; en el acarreo de la leña sacada del monte, con el carrito de pértigo cinchado por un petiso bichoco; y no menciono el acarreo del agua desde el arroyo, en el clásico barril, por haber quedado en desuso dicha costumbre, pintoresca pero antihigiénica, ante la civilización y la comodidad que representa el molino, con sus tanques y cañerías.

¡Había que verlos con sus trajecitos de gaucho, montados en sus petisos aperados a la manera criolla!

Y no digo cuando se paraba rodeo, trabajo importante en el que ellos participaban, naturalmente que de un modo casi pasivo, pues les estaba reservada la tarea de cuidar que el ganado no se desbandara, trabajo que cumplían a las órdenes de dos peones viejos.

¡Pero nada como correr carreras!... Como buenos criollos, era éste su mayor placer. Se veía que en ellos estaba aún el gaucho. ¡Correr carreras!... Es que para un niño, su petiso no puede tener otra misión que la de correr con él en los lomos, y ganarle una carrera a otro petiso. Y era aquí, en este asunto principal precisamente, donde se quebraba la armonía en el curso de sus vidas felices. Bien pensado, resultaba lógico que ambos petisos, por más parecido que tuvieran, no podían llevar su semejanza hasta sus ligerezas. Y acontecía entonces que el petiso del hermano mayor, Yuyo, era más ligero que el de Macachín. Y no había vuelta que darle: veinte veces habían corrido en tiros diferentes, ya con las montas de ellos, o dirigidos por los peones más livianos, y el overito del mayor siempre le ganaba, y con luz, al overito del menor. Por eso, Yuyo era un niño feliz mientras que Macachín era — valga su decir — un niño desgraciado.

¡Cuántas veces le había propuesto, pobrecito, cambiarle el petiso dándole “encima” todos sus juegue-

tes! Y a cada proposición contestaba su feliz hermano, con esa crueldad propia de la niñez:

—¿Estás loco? ¡Qué te lo voy a cambiar!

Por eso, Macachín le decía a veces a su padre:

—¡Papá, el petiso del Yuyo siempre le gana al mío!

—Bueno, m'hijito, tenga paciencia; yo le voy a comprar otro que le va a ganar al de su hermano. Y el niño, nuevamente decía:

—Es que yo quiero ganarle con el mío y no con otro... — Contestación categórica ante la cual el papá no sabía qué decir. Mas el padre seguía observando en silencio, el pequeño drama que creaba en sus hijos, la mayor ligereza de uno de los animalitos. Observaba sobre todo a los propios petisos. Se quedaba, a veces, largos minutos examinándolos, especialmente cuando volvían de correr, agitados y sudorosos. Entonces les comparaba la respiración, el tiempo que tardaban en volver al estado descansado luego de la fatiga; y conversaba casi en secreto con el viejo Ulpiano, que había sido "compositor" de pajejeros en sus tiempos mozos.

Hasta que un día dijo a los niños:

—Tengo que hacer un viaje para ver un ganado, y quiero que ustedes me acompañen. Mañana al amanecer, salimos.

La alegría de los hermanitos fué inmensa. ¡Hacer un viaje a caballo con el padre! Al otro día, al amanecer, partieron.

Al tranco, repechando lomas, por el ancho camino nacional de orillas alambradas, iba el grupo despa-rejo que formaban los niños, el estanciero y el peón viejo. Los chicos loqueaban un poco, atropellando bichos que levantaban de entre el pasto orillero, siempre vigilados por los ojos de ambos hombres, y apadrinados por la palabra perezosa del consejo desgana-do:

—¡Cuidao m'hijito que v'a rodar en cuesta abajo! O sino:

—¡Mirá, gurí que vas a llegar desensillao y en pelo!

—¡Allá va una liebre, papá! Y el Yuyo, que era el más decidido, le bajaba la mano al petiso, con cierta complacencia del padre, que veía cada vez más claro su plan.

Al overito del Yuyo le empezó a sudar la tabla del pescuezo. En cambio, Macachín, menos loco, conservaba el suyo más tranquilo y entero. A las cinco o seis leguas se detuvieron bajo unos sauces. El viejo Ulpiano hizo un fueguito, y luego que los hombres tomaron unos mates y los niños comieron unos bizcochos, dieron agua a los "pingos", arreglaron las cinchas y continuaron la marcha. Ahora iban tranquilos. Yuyo recordó que era de maturrango andar haciendo atropelladas yendo de viaje, y como él no quería serlo, se quedó quieto. Así cumplieron las diez leguas de camino.

El petiso del mayor cada vez sudaba más. Ahora iba "en un baño". Perdió escarceos y alegría en el andar. Ya no se asustaba del vuelo silbador de las perdices. Se le amustiaron las orejas y se puso lerdo. El niño lo llevaba a los gritos, con acompañamiento de rebenque y talón. Los hombres se miraron con inteligencia. El papá sonrió guiñando un ojo. El petiso "se iba quedando" por momentos.

—Papá: ¿qué le pasa a mi petiso? — interrogó inquieto, el niño.

—Tu petiso se ha cansado, — dijo el padre, — y vas a tener que dejarlo en aquella estancia — agregó, señalando una arboleda, — donde pediré que te pres-ten otro para hacer las dos leguas que faltan.

—¡Se ha cansado! — exclamó con alegría el otro hermano. — ¡Mirá el mío! — Y le cerró las piernas a su overito que respondió ágil y armado.

Yuyo comenzó a llorar.

—Bájate — dijo el padre. — Lo llevaremos de tiro. Enáncate con tu hermano.

—Vení, montá en ancas del mío. No llores, bobo, que caballo no te va a faltar — dijo Macachín con orgullo cómico. — Y el Yuyo, triste y lloroso, montó en ancas.

II

Volvían del viaje. Yuyo había recuperado su petiso, ya descansado. Venía tristón y como con vergüenza. Su locuacidad habitual parecía haber volado, como un pajarito rojo, a anidar en los labios de su hermano, cuyo petiso acababa de ganar, por fin, una carrera, no de ligereza, sí de resistencia.

De pronto, cortando un silencio, Yuyo dijo a Macachín:

—Ahora, si querés, te lo cambio.

Pero Macachín respondió, como más de una vez le respondiera su hermano a la misma propuesta:

—¿Estás loco? ¡Qué te lo voy a cambiar!

Entonces intervino el padre diciendo:

—Hijos míos, ahora están mano a mano. No tienen por qué cambiarse los petisos, ya que el uno vale tanto como el otro. Si el tuyo, m'hijito, es ligero en la carrera y le gana al de tu hermano, el de tu hermano, a su vez, le gana al tuyo en resistencia. Uno es bueno para correr, y otro es bueno para marchar. Las virtudes, en los hombres, como en los animales, como en las cosas, no se dan todas juntas, sino más bien, repartidas. Confórmese cada cual con su petiso, y piensen que los dos son buenos, cada uno en su cancha.

Y desde ese momento, ni Macachín deseó más el petiso de Yuyo, ni éste deseó el petiso de Macachín.

La carrera del Zorro

El mono, en su afán de parecerse al hombre, imitaba a éste en todo lo que podía. Cierta vez, desde un alto cocotero, vió a lo lejos, una carrera de caballos. Con la consiguiente curiosidad, observó cómo los caballos corrían a más no poder, dirigidos cada uno por un hombre, que iba cómodamente montado sobre sus lomos. Comprobó también, cuán grande era el interés que este género de diversión producía entre los hombres, no sólo entre los que montaban los caballos, sino, y en particular, entre los demás asistentes a la fiesta. Así, encaramado en el cocotero, estuvo toda una tarde observando aquel bello juego de correr carreras.

—No hay vuelta que darle — pensó —; el hombre es un animal que tiene iniciativas y que se sabe divertir. ¡A quién de nosotros se le iba a ocurrir juntarse varios, montarse cada uno en un caballo, y jugar a quien llega primero a un lugar señalado!

Esto pensaba el macaco mientras bajaba del cocotero. Al llegar al suelo, se le agrandó su pensamiento aun, y se dijo: A lo mejor, al que gana le dan el coco más grande.

Entonces el mono, siempre en su afán de parecerse al hombre, tuvo una idea y la puso en práctica. Reunió a todos los animales del bosque, que ese día encontrara a su paso, y les propuso la diversión, de correr carreras a quién llegara primero a un sitio indicado, pero al modo de los hombres, es decir, que cada animal que entrara en el juego llevara a otro a costas.

Todos los animales que habían sido invitados a la reunión, quedaron entusiasmados con la idea del macaco, y en el acto nomás intentaron realizar la carrera, pero tropezaron con una primera dificultad: todos querían ser el hombre y ninguno el caballo.

Entonces intervino el zorro. Pidió la palabra, y en un santiamén los convenció, de que los animales más grandes tenían que hacer de caballos, ya que éste es más grande y más fuerte que el hombre.

—¿Qué papel haría — les dijo — un hombre llevando sobre las espaldas a un caballo? ¡No podría dar un paso! Y este juego es un juego de correr, y corriendo, el que gana es el que llega primero.

—Tiene razón el zorro — dijeron todos.

El zorro continuó:

—Tenemos que ponernos de acuerdo y saber quiénes entran en el juego. Luego combinaremos las parejas. Sobre un animal se montará otro más pequeño, y cuanto menos pese, mejor para ambos, porque tendrán mayor probabilidad de llegar primero.

El mono, que era el dueño de la idea, propuso que

todos delegaran al zorro y a él la misión de formar las juntas, proposición que fué aceptada.

El zorro indicó los animales que harían de caballo, o sea, los más ligeros. Estos fueron el ñandú, el venado, la liebre, el león y el tigre. Al ñandú lo montaría el mono; al venado, la lechuza; a la liebre, el loro; al león, la comadreja, y al tigre, el zorro; según proposición del mono. Todos habían aceptado, pero entonces el zorro dijo, que para él era mucho honor correr montado sobre el tigre, y propuso otro candidato, que fué la mulita.

—Y entonces, ¿el señor zorro no va a entrar en el juego? — preguntaron varios animales.

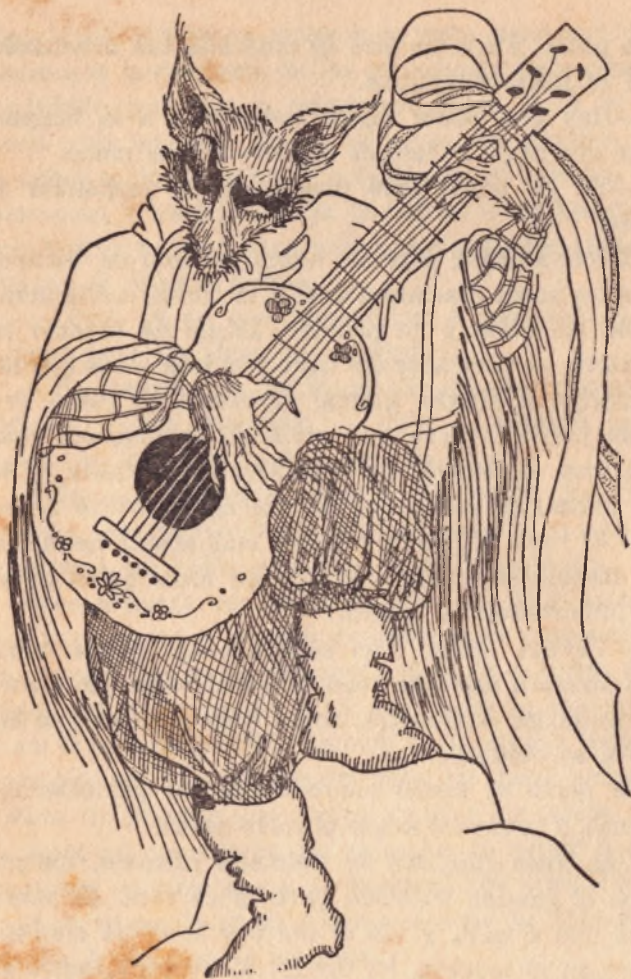
A lo cual el aludido respondió:

—Yo entro de cualquier modo, pero con una condición: pido que se me conceda el derecho de elegir compañero, y tenerlo en secreto hasta el momento de la carrera. Aseguro que no elegiré a ninguno de los ya seleccionados. Yo me las arreglaré como pueda.

Y como no hubo inconveniente que oponer a la proposición del zorro, todo quedó arreglado para realizar la carrera a los tres días, previa elección del paraje.

*
* *

Y llegó el día señalado por el mono y otros habitantes de la selva. Cada cual acudió con su pareja, ya pronto a correr. El mono, sobre el ñandú; la le-



chuza, sobre el venado; sobre la libre, el loro; sobre el león, la comadreja, y la mulita en el tigre. Solamente el zorro venía solito, caminando por sus pro-

pías patas, y con un aire de modestia tan acentuado que lo hacía simpático.

—Hay que poner algún compañero a la llegada para que haga de *juez de raya* — dijo el mono.

—Yo ya tengo todo preparado — respondió el zorro.

Efectivamente, éste no había perdido su tiempo, y en los pocos días anteriores a la fiesta, había arreglado las cosas a su paladar. Luego de obtener la garantía — por parte del tigre y el león — de que no atacarían a ningún animal forastero, se fué a ver a un perro ovejero que vivía en la estancia más próxima, y después de enterarlo de la fiesta y de las garantías dadas por las fieras, lo invitó a ser *juez de raya*. El perro, bueno y leal, aceptó de plano. Al despedirse, el zorro le dijo así como quien no le da importancia al asunto:

—Váyase, amigo, con alguna oveja gorda, para que aquellos salvajes vean la buena vida que pasan los animales domésticos, sobre todo aquellos que están a su cuidado.

El perro se sintió honrado con las palabras zorrunas, y prometió lo que el zorro pedía.

Una gran cantidad de animales mirones, marginaba el camino indicado para la carrera. El zorro echó una ojeada, y vió al perro y la oveja confundidos en el montón. Se dirigió al grupo e indicó al perro que corriera hasta *la llegada*, y se preparara a dar *sentencia* con justicia, y sin temor alguno. Al mismo tiempo le aconsejó, que destacara a la oveja

unos doscientos pasos antes de la meta, para que ésta observara la conducta de los corredores, pues estaba prohibido pecharse o estorbarse entre sí. Y si la oveja veía cometer alguna de estas infracciones, se lo debía contar al perro y a él. Luego se volvió a los presentes, y les dijo que ya se podían ir preparando, poniéndose en línea para salir todos al mismo tiempo, cuando él dijera: *vamos*.

—¿Pero tú en qué animal vas a montar? — le preguntaron los otros, con curiosidad.

—Yo, usando de la concesión de elegir compañero a último momento — dijo — correré como hacen los hombres: sobre un caballo.

Hubo una protesta general. No podía ser. Era trampa, porque el caballo estaba habituado a correr, y además, no había sido incluido en la selección.

Pero el zorro, con su simpática *cara de él mismo*, dió unos pasos y levantó de entre unos matorrales, el *caballo* que tenía preparado para la carrera, formado por una rama de árbol despojada de sus hojas, y un cráneo de potrillo, muerto hacía mucho tiempo, encajado en un extremo del palo, tal como esos caballos de juguete que suelen montar los niños.

Ante tal ocurrencia, los animales se rieron a carcajadas — cada uno a su manera, por supuesto — y el zorro montó en su *pingo* y se puso en línea para partir, haciéndose el inocente.

A la voz de *vamos* todos salieron corriendo. La distancia a recorrerse era de mil pasos o zancadas del mono, y como señal de llegada habían hecho un surco bien visible.

A los pocos pasos, el ñandú, el venado y la liebre, empezaron a sacar ventaja. Entonces los que quedaban atrás *castigaron*, pero el león y el tigre se enfurecieron con sus *jinetes* respectivos, a los cuales advirtieron que no admitirían un nuevo chicotazo.

El ñandú iba adelante de todos, y tan seguro de vencer, que empezó a correr haciendo gambetas, ante la protesta de los que le seguían. Y en una de éstas, la gambeta fué tan violenta que el mono dió con la cabeza en tierra, quedando tan maltrecho que no pudo volver a montar, por lo cual quedaron ambos fuera de carrera.

El venado y la liebre iban *en punta*; algo más atrás las dos fieras, y último el zorro, observando y estudiando la carrera. Y así siguieron sin mayores variantes, hasta unos trescientos pasos de la meta. Entonces la oveja, que estaba en observación, se asustó viendo al tigre y al león y echó a correr, baltando. Las fieras al ver a la inocente, olvidándose de la *promesa* y de la carrera, abandonaron la pista siguiendo a campo traviesa detrás de la cordera.

Quedaron en carrera, luego de estas deserciones, el gamo, la liebre y el zorro, éste bastante atrás; mas los delanteros, al notar la presencia del perro, acortaron la marcha primero, y por último, ante la arremetida que contra ellos llevara *el juez de raya*, dieron *cara vuelta* y volvieron por el camino andado en sentido contrario. El zorro, ya sin enemigos, llegó al galopito a la raya, término de la famosa carrera, saludado por las muestras de aprobación de la nu-

merosa *concurrancia* que se había apostado para recibir al vencedor.

Tal fué el final de la famosa carrera que una vez corrieron los animales, a propuesta del mono, y que el zorro ganó a fuerza de astucia.



Colores para una Bandera

El monte era oscuro como boca de lobo, valga el decir popular. Los hombres, derrotados, heridos, eran lucha entre cuerpo y alma; lucha entre la materia que se derrumba y el espíritu alerta y avisor como un terutero, que se levanta de la carne, no sólo porque vigila, sino porque es cosa alada.

El grupo en derrota, que se había internado en la selva para salvarse de la cruenta persecución de sus enemigos, andaba casi arrastrándose por entre la maleza espinuda. Sus espíritus indomables, tironeaban de sus carnes cobardes, como quijotes arrasando a sanchos. Y así iban mordidos por las corizas ásperas, sangrados por las espinas, picados por los insectos.

Pero no encontraban la salida del bosque. Estaban perdidos en una espesura con anchor de leguas.

Un espejo de agua los imantó, un espejo que sólo espejaba ramas y hojas sombrías y húmedas. Bebieron ávidamente con sed de bestias. Y siguieron andando casi de arrastro. Así caminaban: como mendigos, mendigos de luz, de cielo, de libertad.

Así caminaban, con la esperanza en la punta del rumbo; con ayes ahogados de vergüenzas masculinas, y con quejidos no pronunciados, que iban formando la invisible cola del grupo fantástico.

Un árbol les dió sus frutos. Comieron. Se acostaron. Era noche; es decir, era un poco más noche, porque allí, el día no existía. La noche en aquellas espesuras, era un algo más negro que el día y nada más.

Soñaban con la luz, con el azul del cielo, con un rayo de sol: con la libertad. Ellos eran héroes en derrota, entrados al bosque luego de una batalla perdida por la libertad de su tierra que era oprimida por el extranjero. No querían ser esclavos y ahora lo eran doblemente. Casi se olvidaron de la libertad de todos por pensar en la de ellos, que necesitaban de un modo más inmediato. Y así, repito: soñaban ahora con la libertad física, que nos hace dueños de la luz, y del color, y del espacio. Campeones de la libertad grande, ahora sólo pensaban en una libertad chica, humanamente egoísta; solamente para ellos.

Unos días más y era la muerte; el punto final para las esperanzas, pero también para los sufrimientos. Mas no querían morir así, de una muerte tan fea, tan oscura, de una muerte *tan muerte*.

Hermoso es morir en la lucha, sobre la cara del día, manchado de sol, plateado por el brillo de las armas, zahumado por el humo de la pólvora, perfumado por las esencias del coraje, señalado por el índice de la gloria.

En estas cavilaciones iban, tal vez en el último día de su drama, cuando fueron sacudidos y levantados por los brazos poderosos de la alegría: ¡Allá a lo lejos, entre las ramas siempre tupidas, allá a lo lejos, vieron como una lagunita azul de cielo dorada de sol, un pedazo de cielo manchado de blanco por la leche de una nube!

Azul, blanco, oro!... La luz, la pequeña libertad, la más necesaria en aquellos momentos! Vieron el cielo: azul, blanco, dorado, como los colores del espacio. Y pensaron: ¡Qué lindos colores para una bandera; y desplegarla en la lucha, y morir por ella, pero de muerte hermosa, con gloria; de muerte *viva*!

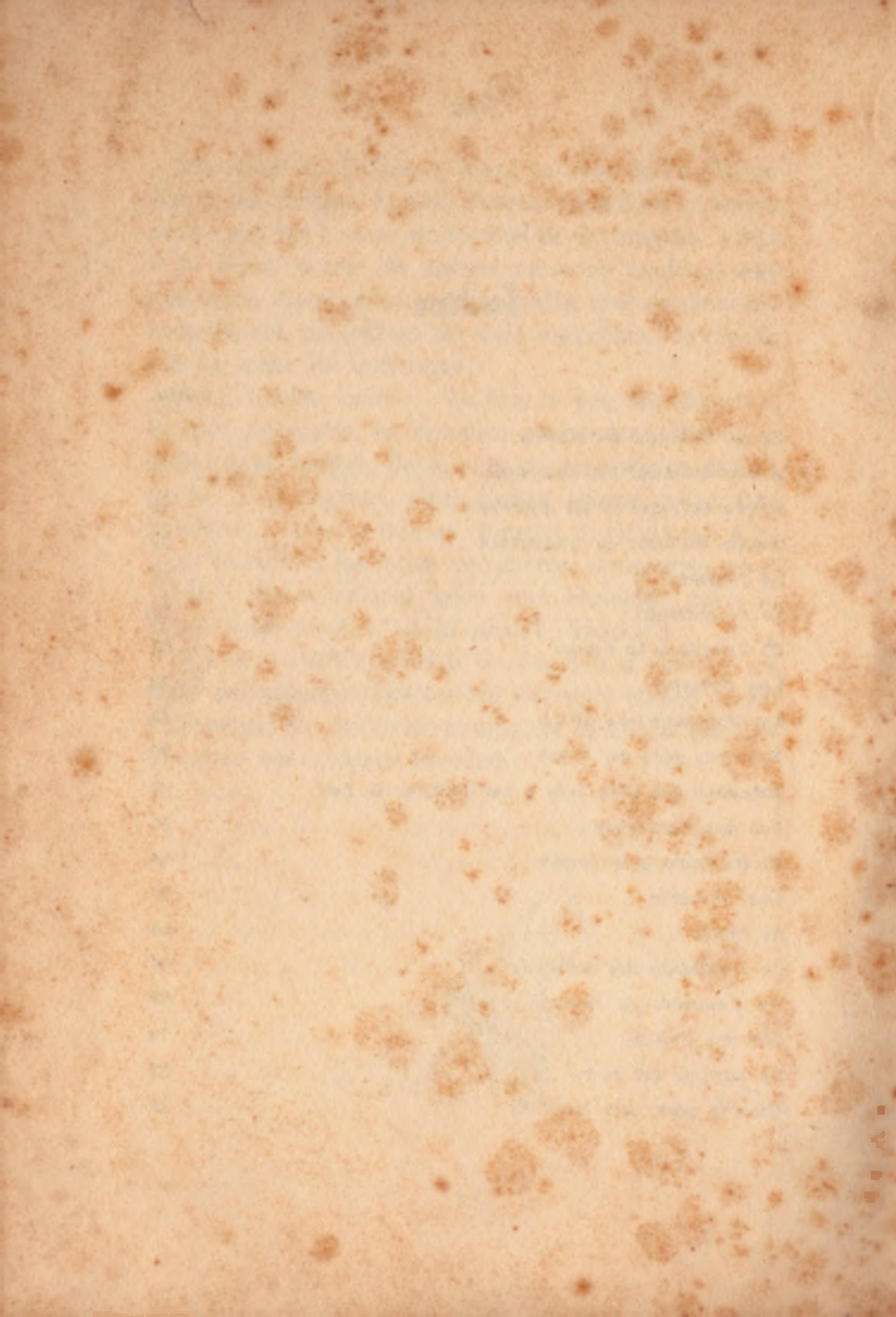
¡Qué lindos colores para una bandera, para la bandera de la otra, de la grande libertad!

Y hoy — niños amigos — estando a más de un siglo del episodio que les he narrado, somos libres y tenemos en nuestras manos, la bandera que representa esa grande libertad.



Índice

	<u>Pág.</u>
<i>Ronda Catonga del Recreo</i>	7
<i>Ronda Catonga del Chacarero</i>	9
<i>Ronda Catonga de las Estrellas</i>	13
<i>Nueva Historia de Caperucita</i>	15
<i>La Rayuela</i>	17
<i>El Casamiento</i>	20
<i>El Venado y la Vibora</i>	27
<i>Los Carozos</i>	30
<i>Canción para una Abeja</i>	32
<i>Romance para un Árbol</i>	33
<i>Romance del Niño Dios y los Bichitos de Luz</i>	37
<i>Los dos Cazadores</i>	41
<i>El Gusanito y la Araña</i>	44
<i>Las Cometas</i>	52
<i>El Patito</i>	59
<i>La enseñanza del Avestruz</i>	64
<i>Un Concurso de Belleza</i>	68
<i>Los dos Petisos</i>	76
<i>La carrera del zorro</i>	82
<i>Colores para una Bandera</i>	89







IMPRESORES: A. MONTEVERDE Y CÍA.
PALACIO DEL LIBRO" - 25 DE MAYO 577 - MONTEVIDEO